De la acogida al encuentro

La reciprocidad como paradigma pastoral para la integración de los jóvenes

Hna. María Mercedes Guaita, Misionera de Cristo Resucitado

Introducción

La experiencia pastoral vivida en la parroquia del Sagrado Corazón, cerca de la estación de Roma Termini, ha constituido una valiosa oportunidad de formación y enriquecimiento. Esta experiencia nace de la observación de una realidad concreta: jóvenes migrantes y solicitantes de asilo y jóvenes italianos que, pese a compartir un mismo entorno y pertenecer a la misma generación, viven a menudo situaciones profundamente distintas. Esta distancia entre sus experiencias y condiciones de vida hace que ambos grupos apenas se conozcan o no tengan oportunidades reales de encontrarse, dialogar y construir relaciones significativas.

Roma Termini es, en este sentido, un lugar especialmente significativo. Es un espacio de tránsito, movilidad, llegadas y partidas, pero también un entorno donde se hacen visibles distintas formas de marginación, exclusión y vulnerabilidad. La estación es una especie de «frontera interior» de la ciudad, donde confluyen personas, historias y condiciones de vida muy diferentes. Precisamente en este contexto, la parroquia se ha visto llamada a reflexionar sobre su presencia y, por consiguiente, sobre su responsabilidad pastoral.

La experiencia vivida ha ido poniendo de manifiesto una cuestión que va más allá de la mera prestación de servicios asistenciales. Para los jóvenes solicitantes de asilo, la ayuda material —alimentación, alojamiento y acompañamiento jurídico— no satisface por sí sola la necesidad de integración. Por desgracia, a menudo queda desatendida una dimensión fundamental de la persona: la de las relaciones, la pertenencia, la posibilidad de establecer vínculos significativos y sentirse parte de una comunidad.

Paralelamente, el encuentro con jóvenes italianos ha permitido reconocer otras formas de fragilidad que también están presentes, en términos generales, en la sociedad de acogida. En el contexto de una sociedad del bienestar, algunos de los jóvenes con quienes se estableció contacto durante esta experiencia pastoral mostraron dificultades para proyectar su futuro, afrontar el sacrificio y dar sentido a sus decisiones. No se trata de generalizar esta situación a toda la juventud italiana, sino de reconocer una inquietud surgida de manera concreta en la relación pastoral: también quienes no sufren pobreza material pueden experimentar una forma de pobreza y vulnerabilidad existenciales.

De ahí surge la intuición fundamental de la experiencia: la integración puede convertirse en un proceso de formación recíproca, en el que el encuentro transforma —y ayuda a crecer— tanto al migrante como a la comunidad que lo acoge.

El presente trabajo pretende, por tanto, interpretar y sistematizar esta experiencia, no para presentarla como un modelo acabado o universalmente aplicable, sino para identificar algunos principios pastorales trasladables a otros contextos: la centralidad de las relaciones, la reciprocidad de la integración, el protagonismo de los jóvenes, la presencia de los adultos, la necesidad de espacios accesibles y la capacidad de la comunidad cristiana para habitar las fronteras urbanas.

1. Roma Termini como frontera urbana y existencial

Roma Termini es un lugar donde la movilidad contemporánea adquiere una visibilidad especial. Miles de personas pasan por allí cada día; algunas llegan de manera temporal, otras buscan un punto de referencia y otras viven en sus inmediaciones en condiciones de especial vulnerabilidad.

La experiencia pastoral desarrollada ha permitido comprender este territorio como una periferia existencial. Desde esta perspectiva, la frontera no es simplemente el límite que separa dos Estados, sino, sobre todo, aquello que separa a personas que viven en una misma ciudad sin llegar a relacionarse. En efecto, la ciudad

contemporánea puede generar proximidad física y distancia social. Las personas pueden vivir a pocos metros unas de otras y pertenecer, en la práctica, a mundos diferentes. Precisamente ante esta distancia, la pastoral puede desempeñar una función específica: acortar distancias y crear vínculos.

La parroquia situada en esta zona de «frontera» está, por tanto, llamada a preguntarse qué personas no están llegando a encontrarse y qué muros invisibles les impiden reconocerse mutuamente.

2. La doble vulnerabilidad: dos grupos de jóvenes que no se encuentran

2.1. La vulnerabilidad de los jóvenes solicitantes de asilo

La experiencia ha puesto de relieve la especial vulnerabilidad de los jóvenes migrantes y solicitantes de asilo. A diferencia de los menores, para quienes la escuela suele ser un espacio natural de socialización, los jóvenes pueden quedarse rápidamente sin un lugar cotidiano donde encontrarse con coetáneos italianos y entablar relaciones.

En la situación observada, los jóvenes acogidos en los centros suelen tener que pasar parte del día fuera de ellos. Esto puede suponer largas horas en espacios públicos sin una red significativa de relaciones. Incluso cuando se ofrecen oportunidades educativas o laborales, estas no conducen automáticamente a una verdadera integración social.

El problema que se plantea no es, por tanto, solo la ausencia de actividades, sino la falta de pertenencia. Un joven puede tener un lugar donde dormir, pero no un hogar donde vivir sus relaciones, donde sentirse visto, amado, corregido y alentado. Puede recibir un servicio sin tener una comunidad. Puede recibir asistencia sin sentirse reconocido como sujeto. Esta distinción es importante para una pastoral que quiera tomarse en serio la dignidad de la persona.

La declaración *Dignitas infinita* del Dicasterio para la Doctrina de la Fe recuerda, en efecto, que «los emigrantes están entre las primeras víctimas de las múltiples formas de pobreza». (...) Una vez que llegan a países que deberían estar en condiciones de acogerlos, «no son considerados suficientemente dignos para participar en la vida social como cualquier otro, y se olvida que tienen la misma dignidad intrínseca de cualquier persona».

2.2. La vulnerabilidad existencial de los jóvenes del lugar

Por otra parte, la experiencia revela una segunda forma de vulnerabilidad. Los jóvenes italianos participantes no vivían, por lo general, la precariedad material de los solicitantes de asilo. Algunos, sin embargo, manifestaban dificultades para planificar el futuro, afrontar sacrificios y encontrar sentido a sus decisiones. Esta observación no constituye un diagnóstico general de la juventud italiana. Lo interesante desde el punto de vista pastoral es, más bien, lo que el encuentro concreto reveló en algunos jóvenes: la presencia de interrogantes que difícilmente encontraban un espacio donde expresarse. El joven, por tanto, no es solo destinatario de la pastoral. Es sujeto de la pastoral. Y, como demuestra la experiencia de Termini, también puede convertirse en sujeto de una pastoral del encuentro con el migrante.

Las dos vulnerabilidades descritas no son equivalentes ni comparables en cuanto a su gravedad; sin embargo, pueden ponerse en relación desde la pastoral en la medida en que ambas pueden encontrar en el encuentro un espacio de reconocimiento y crecimiento.

3. Mundos paralelos y necesidad de un espacio creado intencionalmente

Los dos grupos de jóvenes descritos convivían en la misma ciudad sin disponer de espacios naturales donde encontrarse de verdad. Esto daba lugar a una situación paradójica: personas de una misma generación podían estar físicamente cerca y, al mismo tiempo, socialmente distantes. Y cuando falta el encuentro, la persona

concreta se sustituye fácilmente por una representación de ella. El rostro da paso al estereotipo, la historia personal a la categoría y el conocimiento al miedo.

Por eso, la pastoral no puede limitarse a invitar al diálogo de manera genérica: debería crear las condiciones concretas para que el diálogo y el encuentro sean posibles. Aquí radica una de las intuiciones centrales de la experiencia: el espacio de encuentro no surge espontáneamente. Hay que crearlo. La cultura del encuentro de la que habla la encíclica *Fratelli tutti* no es un sentimiento genérico de apertura: «significa que como pueblo nos apasiona intentar encontrarnos, buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos». El papa Francisco subraya que «lo importante es generar procesos de encuentro, procesos que construyan un pueblo que sabe recoger las diferencias». La experiencia de Termini puede entenderse precisamente como la construcción concreta de uno de esos procesos.

4. El espacio de encuentro como opción teológico-pastoral

La respuesta concreta consistió en transformar un sencillo salón parroquial en un espacio informal de encuentro. Sofás, mesas, una biblioteca y juegos de mesa ayudaron a crear un ambiente menos institucional y más hogareño. Esta elección encierra un significado pastoral más profundo de lo que podría parecer. En efecto, el lugar donde se produce el encuentro transmite un mensaje. Una oficina dice: «Estás aquí para recibir un servicio». Una sala de espera dice: «Estás aquí de paso». Un hogar dice: «Puedes quedarte». El espacio de Termini quiso cumplir precisamente esta tercera función. No se trata, naturalmente, de una vivienda privada, sino de un hogar de relaciones: un lugar donde la persona puede permanecer sin tener que demostrar de inmediato que necesita algo. Esta característica es especialmente importante porque permite pasar de una pastoral centrada en las necesidades a una pastoral centrada en la persona.

5. La actividad como pretexto relacional: hacer cosas juntos para aprender a estar juntos

No habría bastado con abrir el espacio. Para favorecer el encuentro se organizaron actividades concretas: cursos de idiomas, teatro, pintura, arte, cocina, cinefórums, deporte, excursiones y momentos de diálogo interreligioso. Estas actividades pueden comprenderse mediante la idea del pretexto relacional. El pretexto no es algo falso ni artificial, sino aquello que permite iniciar una relación.

Dos personas que no tendrían un motivo inmediato para hablarse pueden encontrarse porque cocinan juntas o porque juegan. Pueden aprender una lengua hablándola con alguien de su edad, descubrir otra cultura compartiendo una excursión y abordar una cuestión religiosa porque antes han construido una relación de confianza. La actividad crea, así, un espacio intermedio donde es posible encontrarse con la diferencia sin percibirla inmediatamente como un problema.

6. La reciprocidad como paradigma de integración

La aportación más original de esta experiencia consiste en la posibilidad de comprender la integración como un proceso bidireccional.

Tradicionalmente, la integración puede representarse así:

> Una persona llega → la sociedad la acoge → la persona se adapta → la persona queda integrada.

La experiencia de Termini propone un modelo diferente:

> Una persona llega → establece relaciones → conoce a otras personas → da y recibe → ambas partes cambian.

Este paso no es únicamente sociológico, sino que posee una relevancia teológico-pastoral. Si toda persona posee una dignidad anterior a su condición social y tiene dones que ofrecer, el otro no puede ser considerado únicamente como destinatario de mi acción. También es alguien que puede ofrecerme un don.

Fratelli tutti afirma expresamente que las vidas de los migrantes «para las comunidades y sociedades a las que llegan son una oportunidad de enriquecimiento y de desarrollo humano integral de todos». La persona migrante, por tanto, no es solo quien recibe algo de la comunidad: su presencia también puede transformar a la propia comunidad. Eso es lo que ha demostrado la experiencia.

7. De la condición de «asistido» a la relación de amistad

Para los jóvenes migrantes, uno de los efectos más importantes de la experiencia fue el paso de una situación basada principalmente en la asistencia a otra basada en las relaciones. En el salón parroquial, el joven no era simplemente quien recibía alimentos, información o ayuda con trámites administrativos. Podía ser, sencillamente, un amigo. Podía jugar, estudiar, cocinar platos típicos de su país, practicar deporte y contar su historia. En algunos casos, estas relaciones dieron lugar a amistades profundas, apoyo en los estudios e incluso proyectos de vida familiar.

Es importante no establecer automáticamente una relación de causalidad absoluta entre estas relaciones y los resultados observados. Pero su aparición confirma una intuición fundamental: la integración no se produce solo a través de las instituciones; también pasa por los lazos de amistad. Una sociedad no se vuelve verdaderamente inclusiva únicamente cuando permite a una persona acceder a sus servicios. Se vuelve inclusiva cuando esa persona cuenta también con relaciones, reconocimiento y sentido de pertenencia.

8. Quien acoge también se transforma

El otro elemento decisivo es el efecto que tuvo en los jóvenes italianos. El contacto cotidiano con jóvenes procedentes de realidades diferentes y especialmente difíciles llevó a algunos de ellos a cambiar su manera de ver las cosas. La experiencia recoge casos de jóvenes que orientaron sus trabajos de fin de grado y sus estudios universitarios hacia el derecho de extranjería, la educación intercultural y el trabajo social. Aquí aparece un elemento especialmente interesante para la pastoral juvenil. El encuentro con quien está en una situación de desventaja no se vive simplemente como un acto de generosidad del joven «fuerte» hacia el joven «débil». El pobre se convierte también en alguien que «evangeliza» al joven con quien se encuentra. Esto no significa idealizar el sufrimiento ni la vulnerabilidad, sino reconocer que toda persona, incluso quien se encuentra en situación de necesidad, sigue siendo capaz de dar, interpelar y transformar al otro. La historia del otro puede suscitar preguntas sobre el sentido de la vida que antes no se habían planteado: ¿Qué significa realmente vivir? ¿Qué considero importante? ¿Por qué merece la pena comprometerse? ¿Qué significa construir el futuro? ¿Qué profesión quiero ejercer? ¿Qué relación quiero tener con la sociedad?

Este aspecto encuentra una clara correspondencia en la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, en la que el papa Francisco afirmaba que «el compromiso social y el contacto directo con los pobres siguen siendo una ocasión fundamental para descubrir o profundizar la fe y discernir la propia vocación». Por tanto, el encuentro con el migrante también puede convertirse en un lugar de discernimiento vocacional.

9. Una pastoral juvenil que no separa, sino que crea relaciones

Uno de los riesgos de la pastoral consiste en organizar itinerarios separados por categorías: por un lado, la pastoral juvenil; por otro, la pastoral de los migrantes. La experiencia de Termini sugiere, en cambio, que precisamente la relación entre ambos ámbitos puede ser fecunda. Los jóvenes migrantes no necesitan solo

una pastoral «para migrantes». Los jóvenes italianos no necesitan solo una pastoral «para jóvenes italianos». Ambos necesitan una pastoral capaz de crear lugares de encuentro.

Toda la comunidad está llamada a sentirse responsable de acogerlos, motivarlos y acompañarlos. La idea es crear un espacio lo suficientemente libre como para permitir que los jóvenes sean protagonistas, pero lo suficientemente cuidado como para garantizar una presencia educativa y un ambiente formativo.

10. Libertad con normas y alianza entre jóvenes y adultos

La informalidad del espacio no significa ausencia de responsabilidad. La experiencia ha demostrado la necesidad de unas pocas normas claras: respeto a las personas, cuidado del espacio y cumplimiento de los horarios y de los acuerdos compartidos. Estas normas deben ir acompañadas de una presencia educativa. Esta práctica pastoral puede describirse en dos niveles.

- Primer nivel: los coetáneos. Los jóvenes italianos pueden facilitar el encuentro, no como «operadores» que atienden a los migrantes, sino como «compañeros» de camino.
- Segundo nivel: los adultos de referencia. Religiosos, educadores, familias y otras figuras adultas aportan estabilidad, escucha, discernimiento y capacidad para afrontar las situaciones más complejas.

Esta estructura encuentra un respaldo significativo en la exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, que subraya tanto el protagonismo juvenil como la necesidad del acompañamiento de los adultos. El papa Francisco insiste en que «los mentores no deberían llevar a los jóvenes a ser seguidores pasivos, sino más bien a caminar a su lado, dejándoles ser los protagonistas de su propio camino».

La experiencia de Termini parece, por tanto, sugerir un principio pastoral claro: la pastoral juvenil necesita a la vez protagonismo y acompañamiento.

11. La pedagogía de la mirada atenta

Otro elemento importante es lo que podríamos llamar la pedagogía de la mirada atenta. En un contexto en el que las personas pueden quedar fácilmente reducidas a números, expedientes o categorías, el encuentro pastoral comienza por el reconocimiento personal: conocer el nombre, recordar la historia, notar una ausencia, escuchar una preocupación, compartir una alegría. Estos gestos aparentemente sencillos son una forma concreta de reconocer la dignidad. La persona deja de ser «un solicitante de asilo» y pasa a tener un nombre. Esta atención también genera corresponsabilidad: quien se siente reconocido tiende a percibir ese espacio como una realidad común que merece ser cuidada. En este sentido, la pastoral se expresa en la calidad de la presencia.

12. La paradoja del éxito y una «pedagogía del desapego»

Uno de los aspectos más profundos de la experiencia tiene que ver con el tiempo. El espacio de encuentro está marcado necesariamente por la transitoriedad. Los participantes cambian. Algunos llegan y otros se marchan. Algunos acuden durante meses y otros durante períodos más breves. La rotación de participantes representa, sin duda, una dificultad organizativa. Pero también puede interpretarse como una característica propia de la situación de los jóvenes migrantes.

Aún más interesante es la llamada paradoja del éxito. Cuando un joven encuentra un trabajo estable y alcanza una mayor autonomía, a menudo disminuye su presencia en el espacio. Desde el punto de vista emocional, esto puede resultar difícil para quienes lo han acompañado. Sin embargo, precisamente aquí la experiencia sugiere un valioso criterio pastoral: la acogida auténtica no crea dependencia. El joven no debe quedarse

porque necesite ese espacio para siempre. Debe poder marcharse porque ha adquirido la capacidad de construir su propia vida. El espacio es, por tanto, un lugar de paso, un lugar desde el que partir. Podríamos hablar de una «pedagogía del desapego»: acompañar también significa preparar a la persona para que deje de necesitar a quien la acompaña.

13. La necesidad de formación pastoral

Esta propuesta pastoral no puede confiarse únicamente a la espontaneidad. La mediación intercultural requiere formación. Las diferencias culturales y religiosas pueden provocar malentendidos; la historia personal de algunos participantes puede estar marcada por experiencias difíciles; y la gestión de grupos heterogéneos exige competencias relacionales. Por eso, la formación de voluntarios y jóvenes facilitadores forma parte de la pastoral. Una Iglesia que promueve el encuentro también debe aprender a cuidarlo. Esto implica formación en gestión de conflictos, escucha, comunicación intercultural, diálogo interreligioso y conocimiento de las dinámicas de grupo.

14. De una buena práctica a principios pastorales transferibles

Llegados a este punto, cabe preguntarse qué aspectos de la experiencia de Roma Termini podrían trasladarse a otros lugares. Se trata, más bien, de identificar la estructura pastoral profunda de la experiencia. Esta puede resumirse en tres pilares.

Primer pilar: la simetría relacional

El primer elemento consiste en optar por superar la lógica «usuario-operador». El migrante y el joven del lugar tienen la oportunidad de encontrarse como personas. Esto no elimina las diferencias de funciones. Los educadores siguen siendo educadores y quienes acompañan mantienen la responsabilidad del espacio. Pero las relaciones cotidianas entre los jóvenes quedan fuera de una lógica meramente asistencial.

Segundo pilar: la alianza intergeneracional

El segundo elemento es la presencia conjunta de jóvenes y adultos. Los jóvenes favorecen las relaciones horizontales y facilitan la amistad. Los adultos garantizan la continuidad y cuidan el proceso.

Tercer pilar: el pretexto relacional

El tercer elemento es la actividad. La relación no nace únicamente del diálogo teórico sobre las diferencias. Nace de hacer cosas juntos. Las lenguas, el arte, la cocina, el deporte, el teatro, el cine, las excursiones a la montaña y el diálogo se convierten en medios a través de los cuales las personas pueden reconocerse progresivamente.

15. Hacia un tercer espacio seguro y accesible

De estos pilares surge la posibilidad de formular una categoría pastoral más general: un tercer espacio seguro y accesible. Tercero, porque no es simplemente el lugar donde se presta asistencia ni el ámbito privado de las relaciones personales; seguro, porque debe ofrecer condiciones de respeto y protección; y accesible, porque debe ser fácil llegar a él, especialmente para quienes no disponen de medios de transporte propios y viven en situaciones de movilidad o precariedad. Estos principios pueden aplicarse en contextos diferentes. Puede tratarse de una sala parroquial, una biblioteca, un centro cultural, un espacio universitario o un patio. Lo esencial es la función pastoral que asume el lugar.

16. Posibles orientaciones para la Iglesia local

La reflexión sobre esta experiencia permite formular tres indicaciones prácticas.

Identificar las «zonas de intemperie»

Las diócesis y las parroquias están llamadas a reconocer los lugares de la ciudad donde las personas corren mayor riesgo de quedarse sin vínculos. Las estaciones, las periferias, los lugares de tránsito y otros espacios de marginación pueden convertirse en lugares privilegiados de presencia pastoral para construir cercanía.

Integrar la pastoral juvenil y la pastoral de los migrantes

La segunda indicación se refiere a la necesidad de superar la separación entre estos dos ámbitos. La pastoral de los migrantes puede aportar competencias, experiencia y conocimiento de las situaciones de vulnerabilidad. La pastoral juvenil puede ofrecer energías, creatividad y redes de relaciones. Se trata de crear espacios en los que ambas pastorales se conviertan en una sola experiencia de encuentro.

Formar a quienes acompañan

La tercera indicación se refiere a la formación. Una cultura del encuentro no puede construirse solo con buena voluntad. Es necesario formar personas capaces de escuchar, mediar, acompañar y gestionar las diferencias. Desde esta perspectiva, la formación intercultural es una forma concreta de responsabilidad pastoral.

17. Desarrollo humano integral: una clave de interpretación

Por último, la experiencia puede interpretarse a través del concepto de desarrollo humano integral. El desarrollo no equivale simplemente al acceso al empleo ni a una mejora de la situación económica. Estos elementos son fundamentales, pero no abarcan toda la realidad de la persona. Una persona crece integralmente cuando puede desarrollar relaciones, capacidades, responsabilidades, sentido de pertenencia, libertad y posibilidades de planificar su futuro.

Desde este punto de vista, la experiencia de Termini tiene un alcance mayor que la mera integración social. Para los jóvenes migrantes supuso oportunidades de establecer relaciones, aprender el idioma, forjar amistades, estudiar, ganar autonomía y hacer planes de futuro. Para los jóvenes del lugar significó confrontarse con otras realidades, abrirse a los demás, asumir responsabilidades, realizar voluntariado y, en algunos casos, replantearse sus opciones profesionales. Es precisamente esta reciprocidad la que permite hablar de desarrollo humano integral. El crecimiento de uno no se produce a costa del otro, sino a través del encuentro con el otro.

Conclusión

La experiencia de la parroquia de Roma Termini nace de una situación muy concreta: dos grupos de jóvenes que viven en la misma ciudad, pero que, sin una opción pastoral deliberada, corren el riesgo de no encontrarse nunca. Por eso se creó un espacio donde pudieran hacerlo, compartiendo tiempo, actividades, preguntas, dificultades y amistades.

El resultado más importante de la experiencia parece ser una manera diferente de entender la integración. Integrar significa crear las condiciones para que personas distintas puedan reconocerse mutuamente como sujetos y descubrir que el encuentro transforma a ambas partes. Esta reciprocidad constituye la aportación pastoral más significativa de la experiencia.

El joven migrante es alguien a quien hay que apoyar para que alcance su autonomía, pero también una persona capaz de crear relaciones, compartir parte de su historia y contribuir a transformar la comunidad que lo acoge. El joven del lugar es quien ofrece su tiempo como voluntario, pero también es una persona en

búsqueda, que puede recibir del encuentro una nueva comprensión de su vida, de sus responsabilidades y de su futuro.

La práctica de Roma Termini puede interpretarse, por tanto, como una pequeña experiencia concreta de esta visión eclesial. La parroquia se convierte en frontera y hogar, porque se sitúa allí donde la ciudad vive sus fracturas y ofrece un lugar donde estas pueden recomponerse mediante la cercanía y las relaciones.

La pastoral de la acogida encuentra así su plenitud en la capacidad de acompañar a las personas hacia una vida autónoma, rica en relaciones y plenamente participativa.

El desafío para la Iglesia consiste, por tanto, en crear lugares donde la fraternidad pueda convertirse en una experiencia concreta. En Roma Termini, esta intuición nació de un sencillo salón, algunos sofás, mesas, una biblioteca, juegos y, sobre todo, de la disponibilidad de personas dispuestas a compartir su tiempo. Esta misma sencillez demuestra que, para generar encuentros, hace falta una intencionalidad pastoral capaz de reconocer dónde existe un vacío de relaciones y asumir la responsabilidad de llenarlo.

La experiencia observada permite así reconocer un posible itinerario pastoral: de la acogida a la relación, de la relación a la reciprocidad, de la reciprocidad a la fraternidad y, a través de ella, a una forma más integral de desarrollo humano. Desde esta perspectiva, la experiencia analizada plantea una pregunta a la Iglesia: ¿qué espacios estamos creando hoy para que personas que viven en la misma ciudad puedan encontrarse por fin? Y, sobre todo, una segunda pregunta: ¿estamos dispuestos a acoger al otro no solo como alguien a quien podemos dar algo, sino también como alguien de quien podemos recibir algo? Quizá sea aquí donde se sitúe el paso decisivo de la acogida al encuentro. Y del encuentro a la fraternidad.

Bibliografía esencial

1. Francisco, *Fratelli tutti*. *Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social*, 3 de octubre de 2020.
2. Francisco, *Christus vivit*. *Exhortación apostólica postsinodal a los jóvenes y a todo el Pueblo de Dios*, 25 de marzo de 2019.
3. Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, Sección Migrantes y Refugiados, *Orientaciones sobre la Pastoral Migratoria Intercultural,* 2022.
4. Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Dignitas infinita*. *Declaración sobre la dignidad humana,* 2 de abril de 2024.